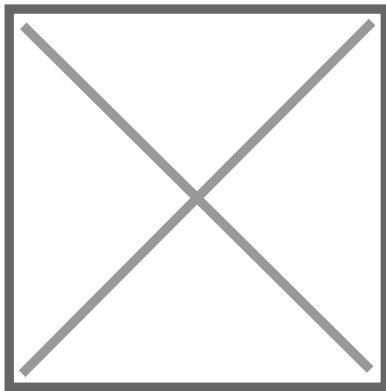




14 ART Y CULTURA

24-XII-1990

EL MERCURIO

Valparaíso

Arte y Cultura

Carrusel del tiempo.-

Bécquer, la rima alucinada

Cuando a la muerte de Gustavo Adolfo Bécquer, Sevilla, tierra natal de ese talento del romanticismo, proclamó que allí, desde entonces y para siempre, la poesía llevaría su nombre, así como la pintura está encarnada en la paleta del sin par Murillo, pocos en la península ibérica reclamaron porte del honor. No es extraño, porque sus "Rimas" que repiten miles de alusiones a lo ancho y largo del mundo, apenas se cuentan por haber aparecido sólo en periódicos diversos, muchas de ellas sin firma. Publicadas dos años después de su partida por su íntimo amigo Rodríguez Correa, que recogió sus obras completas, toda la Patria Madre, ensombrecida de pena, recogida en la emoción más sincera, pidió ser parte del pesar y el orgullo de haber sido tierra natal de un lirio de inspiración inagotable. Y si alguno se atrevió a señalar su parentesco con Enrique Heine, muy pronto fue desmentido: porque en el verso galano, sutil, originalísimo, surgido del alma y del dolor, están presentes, indelebles, prácticas, las raíces del canto hondo de España.

Dujo de existir, minado por la tuberculosis, enfermo además de desesperanza, tras mucho penar en la pobreza, cuando su capacidad creadora comenzaba a ser reconocida y pagada. Estuvo, una tarde, en la casa madrileña de la calle Claudio Coello, hoy número 25, donde expiró el 22 de diciembre de 1870, hace 120 años. En el frontis se lee: "Aquí murió el poeta del amor y del dolor". Un día de nevazón intensa, de enero de 1893, así a la tumba apócrifa que existe en la capital de España y habita, en el lugar, una rosa roja que parecía embalar la blancura de la nieve. Pero, informado, concurrí, después, en Sevilla, a la Academia de las Buenas Letras, en cuyo crujido del templo de esa casa de estudios, tan literaria, reposan los restos de Gustavo Adolfo y su hermano prodigioso, el pintor Valeriano Bécquer, junto a quien vivió la mayor parte de su corta existencia, cegada a los 34 años. Porque Bécquer, quien nació el 17 de febrero de 1836, para quedar a poco caminar, pobre y huérfano, apenas tuvo tiempo para crear, sumido como vivió en la lucha por la vida y contra el mal que lo mató. Eran tan unidos con Valeriano, que éste, algo mayor, falleció el 23 de septiembre, apenas a unos meses de distancia. Cuéntase las crónicas que el día que desapareció Gustavo Adolfo, en Madrid hubo eclipse de sol, como si el tiempo hubiera querido subrayar la data con tal metáfora. Había escrito, azotado por el presentimiento: "¿Adónde voy? El más sombrío y triste / de los páramos cruzo, / valle de nieblas y de eternas / melancólicas brumas. / En donde está una piedra solitaria / sin inscripción alguna, / donde habita el olvido, / allí estará mi tumba".

Si sevillano, descendiente de un Bécquer flamenco, Gustavo Adolfo Bécquer, como su hermano, adoptaron este apellido con que llegaron a ser célebres, pues los suyos propios eran Domínguez Basca, que por eso casi nadie conoce.

Nació con esa fiebre de la creación, acrecentada en lecturas que lo mantenían en vigilia las noches enteras, en medio de la desesperación de una madrina, hermana de su madre. Mucho sufrió la buena señora cuando, recordando Bécquer la celebridad obtenida por Zorrillo, al recitar, en 1837 unos versos ante la tumba de Larra, se propuso marchar a Madrid para buscar caminos a sus ansias de ser alguien en el noble oficio de la pluma. Partió, seguido después por Valeriano, sin más que su espíritu, para controlar contra las necesidades, ganando el pan en diversos oficios.

Gustavo Adolfo estrenó, por aquella época, algunas piezas teatrales, que firmaba como Adolfo García. "Las distracciones", "Tal para cual" y "La Cruz del Valle" alcanzaron notoriedad, pero sin esa alborozada corona del triunfo supremo. Igual ocurrió con unas zarzuelas.

El amor brotaba a raudales en su corazón apasionado. Las mujeres eran epicentro de sus sueños. Vivía como un sonámbulo. Iba por el mundo con los ojos cerrados, sin ver más que a través del alma. Fue Julia Espín su musa principal, a la que dicen nunca se acercó. ¿Lo fue, rue muchas! Por cierto, también, Casta Esteban, su mujer, con la que por mucho amarse jamás llegaron a entenderse, causa de sus muchas desdichas. "De lo poco de vida que me resta, / díjeme con gusto los mejores años / por saber lo que a otros de mí has hablado". Son rimas con magia. El duende de que habló García Lorca, empapa su pluma, le conlleva alas. "No digas que agotado su tesoro, / de asuntos falta, emudeció la lira. / Podrá no haber poetas, pero siempre / habrá poesía". Porque, como dice el verso final de esta rima cuarta, "mientras sentiras puedan en un beso / dos almas confundidas, / mientras exista una mujer hermosa, / habrá poesía".

Está presente, siempre bajo la luz de su decir musical, y su sentido dramático de la realidad, el cantar que ilumina antologías o brilla en la uba perenne, en tomos o volúmenes que contienen cuanto escribió. "Volverán las oscuras golondrinas / en tu balcón sus nidos a colgar, / y otra vez con el ala a tus cristales / jagando llamarán; / pero aquellas que el que vuelo refrenaban, / tu hermosura y mi dicha al contemplar: / aquellas que aprendieron nuestros nombres, / éas... no volverán".

Las "Rimas" con poemillas breves, que condensan en unos pocos versos, tenues, profundos, archinos estados de un alma sin par. Fijó el autor de todo alarde de expresión para alcanzar, en la búsqueda de la desnudez de la forma y la simplicidad arquitectónica, el todo que ha llegado y enmudecido por su intensa melancolía y el fuego de una síntesis maravillosamente alcanzada.

"Cartas desde mi celda", dramática como todo lo suyo, porque hace pensar y ver, es el producto del tiempo que, desfalleciente, lo llevó, junto a Valeriano, tutor fraternal de su misma sangre, a un convento de Veruela, donde en el clima tibio buscó remedio a su salud precaria. Sus "Leyendas", llenas de misterio, como aquella de "El Beso", en que un estatuario caballero defiende de la soldadesca ebria el honor mancillado de su escultórica mujer, poseen ese encanto que no puede lograrse sin esa capacidad creativa sutil que, a la par, hace pensar en la dimensión real de aquel escritor portentoso. "El monte de las animas" y "El castillo de las manos rojas", son ejemplo de estas virtudes. Puede decirse que su prosa es tan poética como sus versos, pero con una calidad narrativa que mueve a pesar cuanto más pudo dar si su existencia no hubiese estado marcada por el sino del cruz, y temprana fin que tuvo.

Oscar Guzmán Silva

Bécquer, la rima alucinada [artículo] Oscar Guzmán Silva.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guzmán Silva, Oscar

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Bécquer, la rima alucinada [artículo] Oscar Guzmán Silva.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile